

HIDDEN PEAK y GASHERBRUM-II

Seis amigos en dos ochomiles

Jerónimo López

LA EXPEDICION ARAGON 8.000

Como un paraíso para los alpinistas, las montañas que rodean al glaciar de Baltoro ofrecen infinitas posibilidades. Grandes altitudes, paredes con desniveles de dos mil a cuatro mil metros y vertientes enteras aún sin ninguna ruta en cumbres muy importantes.

Llegar allí impone un largo y costoso viaje. La complicada aproximación hace que la cabecera del Baltoro sea en la actualidad uno de los lugares más caros —junto con China— para una expedición. Resulta caro aún cuando, como en nuestro caso, se plantee una expedición relativamente ligera, no se lleven grandes comodidades ni botellas de oxígeno, no se contraten porteadores de altura y ni siquiera se cuente con correos que lleven y traigan las cartas.

Sin embargo, en aquel fantástico circo de montañas, que forma parte de la frontera entre Pakistán y China, se encontraba nuestro objetivo y había que ir allí.

Cuando ya teníamos concedido el permiso para el Hidden Peak, surgió en nosotros la idea de intentar en la misma expedición otra gran montaña vecina, el

El Hidden Peak es el segundo ochomil escalado por Jerónimo López (después del Manaslu en 1975) y el primero del resto del grupo.

En 1980, tres de los expedicionarios: Javier Escartín, Lorenzo Ortas y Jerónimo López realizaron juntos la segunda ascensión absoluta al Baruntse (7.220 m.), situado en el Himalaya del Nepal, abriendo una difícil ruta a lo largo de la arista Este.

Gasherbrum II, de 8.035 m. El objetivo principal seguía siendo el Hidden Peak, al GII iríamos en segundo lugar si nos llegaban las fuerzas, y en un estilo completamente alpino.

Formamos un equipo compenetrado y que se preparó concienzudamente antes de la escalada. En los entrenamientos previos a la expedición, además de gimnasia y carreras en la ciudad, subimos a muchas montañas corriendo. Mis compañeros lo hacían frecuentemente en las sierras del Prepirineo, cercanas a Huesca y Ayerbe, donde ellos viven. Algún día pude acompañarles, aunque para mí era más asequible correr por las laderas y crestas de la Sierra de Guadarrama, más cercana a mi casa.

Ir a dos montañas de esa altura planteaba un problema inicial. Había que conseguir y pagar dos permisos al gobierno de Pakistán. Los papeleos se multiplicaron y aún faltando varios meses para llegar a ver nuestras montañas, ya teníamos 400.000 ptas. menos. Las 200.000 ptas. correspondientes al permiso del Hidden Peak las pagó el club Peña Guara, de Huesca, en cuyo seno se organizaba la expedición; coincidiendo con su 50 aniversario. El resto, fue pagado con dinero particular de los seis expedicionarios.

Nosotros salimos de España el 2 de julio, cuando ya algunas expediciones al sector del Baltoro habían finalizado. Con otras nos cruzamos en la aproximación y el resto regresarían pocos días después de que nosotros instaláramos el Campamento Base. Durante nuestra estancia, no coincidimos con ninguna expedición en el grupo de los Gasherbrum y cuando llegamos a la cima del Hidden Peak, así como durante el intento al GII, ya no había ningún grupo en las montañas de los alrededores. Es probable que nuestra escalada al Hidden Peak, el 22 de agosto, sea la fecha más tardía dentro del año en que

se ha alcanzado una cumbre de más de ocho mil metros en el Karakorum.

El viaje hasta Pakistán y algunos de los trámites en la capital, los hicimos junto con la expedición vizcaína al Nanga Parbat, aunque luego nos separaríamos, pues nuestros objetivos se encontraban en zonas diferentes.

También mantuvimos una estrecha relación con los amigos de la expedición navarra al K2 que nos prestaron una valiosa ayuda. Parte de nuestra carga viajó en su «container», y encima tuvimos la suerte de que las mujeres de dos de los expedicionarios —Pili Lanuza y Trini Cornellana— hicieran con nosotros la mayor parte de la marcha de aproximación, coincidente con la del K2.

El oficial de enlace que nos asignó el gobierno —capitán Chan Zeb— terminó siendo un amigo y en todo momento colaboró con nosotros. En parte gracias a él, los trámites en la ciudad se resolvieron con mucha rapidez para lo que es habitual, y sólo cuatro días después de haber llegado salíamos hacia el Norte.

El viaje a Skardu lo hicimos en 32 horas a bordo de un autobús contratado, uno de esos autobuses completamente engalanados con montones de luces de colores y chapas brillantes.

Los trámites en Skardu y la larga aproximación al Hidden Peak transcurrieron sin muchas complicaciones. Tampoco tuvimos problemas importantes con los porteadores que formaban nuestra caravana, 112 al empezar a caminar en Dasso y 79 al llegar al campamento base.

Trece días después de haber salido de Skardu, el 23 de julio, instalábamos el campamento base a 5.200 m. sobre la morrena central del glaciar de Abruzzi.

I. LA ESCALADA DEL HIDDEN PEAK

Habíamos aprovechado la aproximación para efectuar ascensiones complementarias a las etapas y llegamos al Campamento Base ya algo aclimatados. Gracias a eso, pudimos comenzar en seguida la escalada y al día siguiente de llegar, mientras Lorenzo, Víctor y Toño organizaban el Campamento Base, el resto del grupo, Javier, Ignacio y yo, salimos hacia arriba.

Siguiendo el borde del glaciar meridional de los Gasherbrum, en pocas horas llegamos al pie de la cara que queríamos escalar. Trescientos metros de desnivel por encima de nosotros, unos seracs nos cerraban el paso e impedían la visión de la pared adyacente a la arista que desciende del Hidden Sur.

Hacia calor y estábamos fatigados, además nos hundíamos en la nieve blanda a aquellas horas del mediodía. Sin embargo, la curiosidad por ver cómo

era el terreno con el que nos íbamos a enfrentar y las ganas de aprovechar la racha de buen tiempo de que disfrutábamos, pudieron más.

Subimos la pala de nieve en la que había algunos tramos rocosos que escalamos sin quitarnos los crampones. Encontramos un paso entre aquellos seracs y los tres nos apresuramos a estudiar lo que iba a ser el sector más difícil de nuestra ruta.

Cerca de la arista predominaba la roca, de mediocre calidad para escalar, e inmediatamente a la izquierda había una gran pared recubierta de hielo. Calculamos que tendría más de mil metros y no se apreciaba ningún rellano, ni siquiera un tramo donde la pendiente disminuyese considerablemente. Las paredes, vistas de frente, siempre parecen más verticales de lo que son, pero aún sabiendo esto, y además habiéndola visto antes de perfil, estimamos que la inclinación sería alrededor de los 60°.

Nos animó mucho comprobar que entre las rocas de la derecha y el extremo izquierdo de la pared —el cual se encontraba expuesto a los aludes— había la posibilidad de escalar siguiendo una línea que desde abajo no parecía muy peligrosa.

El resumen de nuestra exploración era en conjunto animador. La escalada resultaba posible, aunque las dificultades iban a ser importantes. Era más o menos con lo que contábamos al iniciar la expedición.

Antes de regresar al Campamento Base, seleccionamos el lugar donde instalaríamos el Campamento I. No había mucho donde elegir. La mayor parte de esta cara del Hidden Peak es barrida por frecuentes



Con esquís en las planicies de la zona superior del Hidden Peak. Al fondo el G VI.

y grandes aludes, que se desprenden de las impresionantes barreras de seracs de más arriba. Este motivo y sin duda el no haber estudiado la montaña detenidamente, es lo que había hecho desestimar a otras expediciones la ruta que nosotros queríamos abrir.

Al final, una pequeña cresta y un serac de hielo en el que excavamos una pequeña cueva ofrecían suficientes garantías para emplazar allí, a 5.750 m., las dos tiendas del Campamento I.

Nuestros tres compañeros recibieron con entusiasmo los comentarios sobre la ruta y al día siguiente, 25 de julio, antes de amanecer, iniciaban la ascensión.

La jornada volvió a ser muy fructífera y bien aprovechada. Hacia dos días que habíamos llegado y ya teníamos equipados los primeros 250 metros del muro de hielo hasta la cota 6.000.

En los cuatro días siguientes, turnándonos en las labores, aprovisionamos el Campamento I y escalamos la mayor parte del muro. El 30 de julio, Javier, Ignacio y yo salíamos del C. I dispuestos a terminar la parte superior de esta pared. Tras el duro esfuerzo realizado el día anterior por Toño y Lorenzo, sólo faltaban unos 250 m. por ser escalados para llegar a un lugar donde probablemente se podría dormir.

Remontamos el tramo ya equipado que, a pesar de las cuerdas fijas —en su mayor parte de 7 mm.—, resultaba muy duro. Escalamos el trozo final y llegamos a una grieta que podía servir para instalar el Campamento II. Se trataba de un aéreo balcón a 6.550 m., dando vista al circo de los Gasherbrum.

El 2 de agosto, después de haber bajado el muro de hielo —mediante 29 rapeles— y vuelto a subir, resolvimos el paso entre los seracs situados encima del C. II. Llegamos, a 6.900 m., al collado que separa al Hidden Sur del Hidden Peak. En aquel punto, nuestro itinerario se cruzaba con la ruta francesa, para seguir, a continuación trazados cercanos pero diferentes.

De nuevo descendimos y preparamos todo para el asalto a la cima. El 5 de agosto, trece días después de haber llegado al campamento base, estábamos los seis en el C. I dispuestos a subir, en tres días, hasta la cumbre. Otra vez escalamos el muro y dormimos en el C. II. Pero cambió el tiempo e impidió toda progresión. Después de tres noches decidimos bajar a esperar una mejoría. De un tirón bajamos al Campamento Base, en el que soportamos seis días seguidos de mal tiempo.

El 16 de agosto pudimos iniciar la ascensión. Volvimos a escalar el muro,

siendo para algunos la cuarta vez que lo subíamos completo, aparte de las ascensiones parciales cuando lo abrimos. Escalábamos desatados y bastante separados, para forzar menos las cuerdas fijas, así que pasábamos entre seis y ocho horas sin hablar con nadie y sin apoyar los pies cómodamente en ningún sitio.

Tras una noche en el C. II, continuamos la ascensión, el día 18, con unas pesadas mochilas en las que llevábamos todo lo necesario para llegar a la cumbre y regresar.

Hasta 6.750 m. había que subir con los crampones e incluso superar un tramo delicado. A partir de allí pudimos empezar a usar los esquís, ya que hasta entonces sólo habían servido para incrementar la carga.

Se daba la circunstancia de que los seis somos practicantes del esquí de travesía, así que, conociendo la morfología del terreno y el tipo de nieve que encontraríamos en el tramo superior de nuestra ruta, decidimos llevar material de esquí.

El equipo de esquí era muy ligero. Cada par de esquís con sus ataduras y pieles de foca no llegaba a 4 Kg. de peso. Las ataduras habían sido adaptadas especialmente por nosotros.

En conjunto, resulta muy positivo el haber llevado esquís, a pesar de que sólo los utilizáramos entre 6.750 m. y 7.750 m. A la subida, nos los calzábamos sólo a ratos, pues la pendiente era en algunos trozos excesiva. Sin embargo, bajar esquiando esos mil metros de desnivel, nos supuso un considerable ahorro de tiempo y energía.

El 18 de agosto, nos detuvimos a 7.100 metros, justo en el filo de la cresta, para pasar la noche. Instalamos las tres pequeñas tiendas de dos plazas y dos kilos y medio de peso. Al día siguiente pensábamos alcanzar la cumbre, aunque todavía faltaban casi mil metros de desnivel y varios kilómetros de distancia. Pero nuestros planes variaron ya que por la noche cambió el tiempo. Los días 19, 20 y 21 permanecemos entre la nevada y la ventisca. Ochenta horas pasamos dentro de las tiendas y de los sacos de dormir. Muchas horas para preguntarse qué hacíamos allí. Pero el ánimo no decayó; habíamos tomado la decisión de esperar allí una mejoría mientras tuviésemos reservas de gas y comida.

En la noche del 21 al 22 de agosto nos despertamos a las 10. Seguía el tiempo igual de malo, pero esta vez había que decidir qué hacer. Acordamos subir durante algunas horas y si el tiempo seguía igual daríamos media vuelta hacia el C. II. Siempre cabía la posibilidad de una mejoría al amanecer, aunque los síntomas ahora no indicasen eso.

A las 11 de la noche, nevando y clavándonos hasta encima de la rodilla en la nieve reciente, salíamos los seis en fila hacia arriba. Pensándolo bien era ridículo. ¿A dónde íbamos? La cresta nos servía de referencia pues la visibilidad era escásima. Habíamos dejado en el C. III el material de dormir, sacos y colchonetas, y sólo nos llevamos una de las tres tiendas y un hornillo de gas.

Llevábamos unas siete horas subiendo cuando empezó a llegarnos más claridad. Las nubes bajaban hacia los valles y se quedaron a jirones pegadas a algunas cumbres. En esas condiciones podíamos seguir subiendo. Era la baza a la que habíamos jugado y nos estaba saliendo bien.

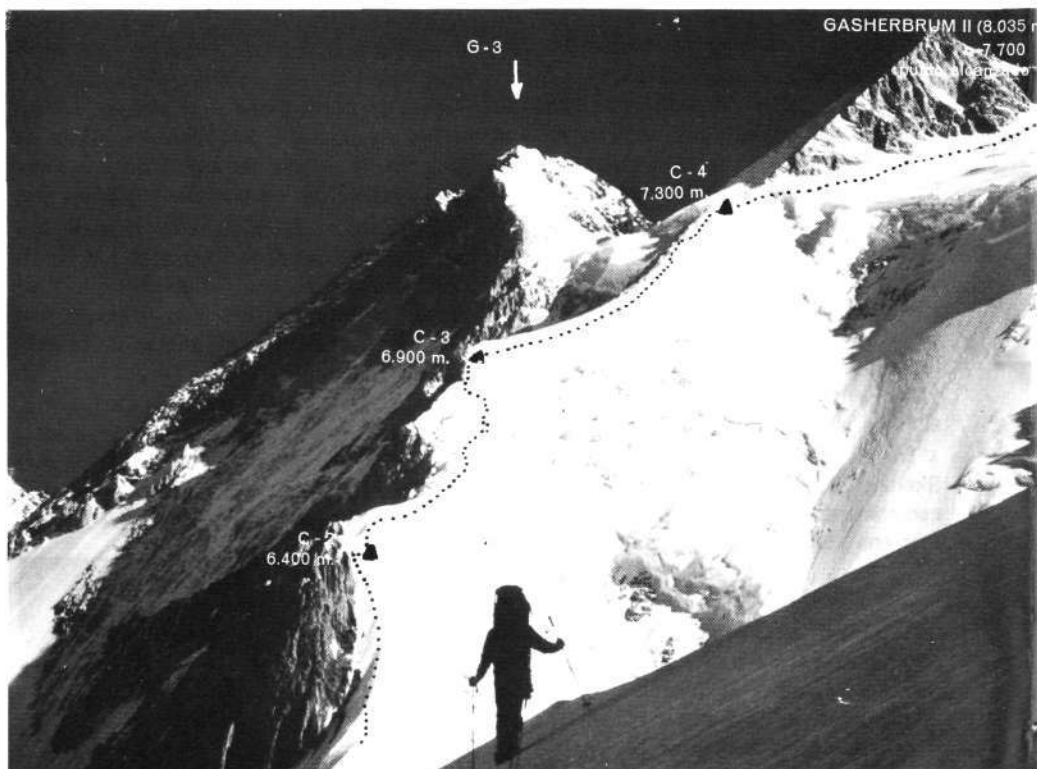
Hicimos un alto para que Toño recuperara la sensibilidad en los pies. El frío era intenso y fue una suerte haber subido el hornillo, gracias al cual pudo bañar los pies en agua templada.

Con los esquís en los pies subimos

mos llegado los seis. Procurando perder poco tiempo y protegiéndonos de la ventisca iniciamos en seguida la bajada. Habían sido más de veinte horas seguidas de esfuerzo, nos encontrábamos a más de ocho mil metros y estaba oscureciendo. ¡Qué panorama!

Bajamos hasta los esquís y con ellos perdimos más altura. Finalmente, a 7.500 metros, protegidos por un serac, nos detuvimos a esperar el amanecer. Imposible entrar todos en la tienda; incluso con cuatro dentro las posturas ya eran excesivamente incómodas, así que unos dentro y otros fuera pasamos aquellas horas dormitando y procurando no dejar inmovilizados mucho rato los pies y las manos. La temperatura sería de unos 25° bajo cero.

Influyó aquel vivac, pero fue sobre todo el problema que tuvo antes con sus ataduras, lo que produjo las congelaciones de Lorenzo. Al bajar de la cumbre,



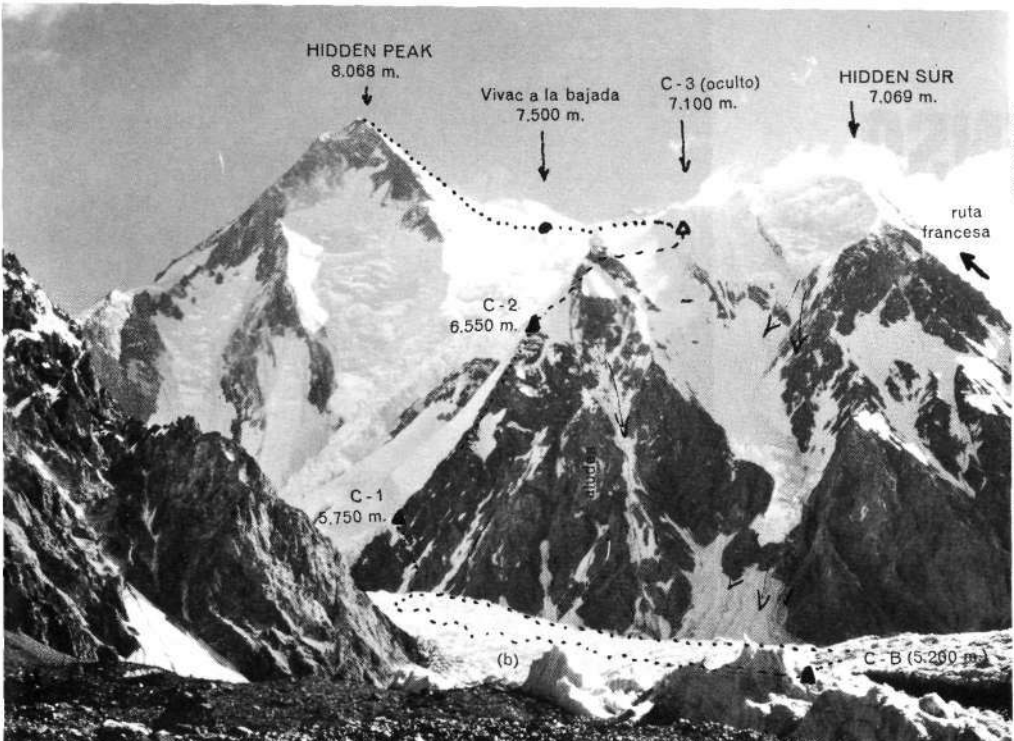
hasta 7.750 m. Allí los dejamos clavados y por una pala más pendiente continuamos con los crampones. Subíamos desatados y a ratos bastante separados. Cada uno hacíamos lo que podíamos por superponernos a la fatiga, por no abandonar. Las horas pasaban y aquel canalón final, no muy largo pero cubierto de nieve muy incómoda, parecía no acabarse nunca. Pocos minutos antes de llegar a la cima nos encordamos. Así superamos un escalón algo delicado y recorrimos la aérea cresta que constituye la cumbre del Hidden Peak.

Eran más de las 7 de la tarde cuando estábamos en la cumbre. Había-

estuvo un rato sin guantes intentando arreglar una de las fijaciones de sus esquís y el intenso frío actuó sobre sus manos. A la mañana siguiente ya tenía todos los dedos azulados e intensos dolores. Los síntomas continuaron agravándose según íbamos bajando.

El resto del descenso fue durísimo. Recogimos todas las tiendas y el material utilizado, incluso parte de las cuerdas del muro, y todo lo bajamos en un solo viaje.

En la tarde del 25 de agosto llegábamos al Campamento Base con treinta kilos cada uno sobre los hombros. El 27, Lorenzo, acompañado por el oficial de en-



Fotos del autor

face, iniciaba el regreso hacia casa donde sus dedos serían mejor atendidos.

II. EL GASHERBRUM-II HASTA 7.700 m.

El 26, 27 y 28 de agosto permanecimos en el campamento Base con mal tiempo. Nuestros cansados cuerpos se recuperaban mientras preparábamos minuciosamente lo que llevaríamos hacia el G. II. Todo lo necesario para subir desde 5.200 metros hasta 8.035 m. y regresar, deberíamos ser capaces de llevarlo encima.

Los alimentos fueron especialmente seleccionados. Teníamos que llevar comida y gas para una semana. Los productos liofilizados y las bebidas energéticas (Triosorbín, Meritene, Gatorade,...) eran la base fundamental.

Toño decidió que no vendría, pues aún no se había recuperado del cólico sufrido al bajar del Hidden Peak. Seríamos cuatro, así que íbamos a necesitar dos tiendas.

Elegimos el material de escalada. Había que tener en cuenta que desde hacía más de dos meses nadie había estado en el G. II. No íbamos a encontrar ni rastro de huellas y probablemente estarían tapadas las cuerdas fijas que suelen utilizar las expediciones que suben por la arista Sur de esta montaña. Escogimos algunos tornillos y ángulos para la nieve y unos 150 m. de cuerda de 7 mm.

El día 29 estábamos preparados para partir pero amaneció malo. Seguimos un rato durmiendo y al ver que el tiempo mejoraba, ya avanzada la mañana, decidimos empezar la ascensión. Pesamos las mochilas antes de abandonar el Campamento Base: cada uno llevábamos 23 Kg.

Dos horas fueron comunes con nuestro itinerario del Hidden Peak. Luego todo nuevo. Seleccionamos el mejor paso a lo largo del glaciar, que en estas tardías

fechas tenía las grietas muy poco recubiertas.

A ratos el trazado era algo peligroso y sobre todo las grietas nos dieron algún susto.

Se nos hizo de noche poco antes de llegar al «plateau» de los Gasherbrum, así que montamos nuestras tiendas a 5.900 m. en un pequeño rellano protegido por una gran roca.

Al día siguiente cruzamos el amplio plateau, situado a 6.000 m. de altitud y comenzamos la escalada de la arista. De nuevo montamos las tiendas al atardecer, esta vez a 6.400 m.

Por la mañana, recogimos el campamento y nos trasladamos hasta 6.900 m. Esta jornada remontamos una zona con grietas y seracs, en la que tuvimos que encontrar el mejor paso, al no haber ningún rastro de otras expediciones. Encima, las crujiendo placas de nieve nos proporcionaron algunos sustos importantes.

El 1 de septiembre, de nuevo con toda nuestra carga remontamos las palas de nieve inestable que conducen al pie de la pirámide rocosa final. Al igual que a lo largo de toda la ascensión, el terreno no se puede decir que fuera difícil, pero sí bastante delicado por el continuo riesgo de aludes, sobre todo los que podríamos provocar nosotros al romper la estabilidad de la nieve. Este día montamos las dos tiendas en donde suele establecerse el último campamento para subir al G. II, a 7.300 m. de altura.

Pero la suerte no iba a estar de nuestro lado. El tiempo cambió y cuando nos despertamos, a las 2 de la mañana, estaba nevando. A pesar de todo nos preparamos y a las 4 salíamos en medio de la niebla y la ventisca.

Gracias a la base de la pared rocosa de la cumbre sabíamos por donde ir. Hicimos a buen ritmo la larga travesía hacia la derecha, en la que nos hundíamos en la profunda nieve.

En cuatro horas habíamos subido 400 m. de desnivel y recorrido una larga distancia. Estábamos en la cresta, al pie de la pala final. Eran las 8 de la mañana, teníamos fuerzas suficientes y a nuestro ritmo nos faltaban menos de cuatro horas para la cumbre.

Resultaba muy duro renunciar. Durante casi cinco días nos habíamos medio arrastrado por aquella ladera bajo las pesadas mochilas y ahora estábamos muy cerca de la meta. Pero ni siquiera veíamos en qué dirección seguir. Cada vez nevaba más fuerte y soplaban más viento.

Nos sentamos en la nieve, a 7.700 m., y esperamos durante tres horas. Cada rato que pasaba el tiempo era peor. Estaba claro que no se trataba de una pequeña nube.

A las 11 acordamos bajar. Tomada la decisión salimos medio corriendo hacia abajo. En media hora llegamos a donde habíamos dormido. Lo recogimos todo y ese mismo día, al final de la tarde llegábamos al «plateau» de los Gasherbrum. Habíamos bajado 1.700 m. en menos de ocho horas.

Al día siguiente estábamos en el Campamento Base esperando la llegada de los porteadores que vendrían a recoger nuestra carga.

No habíamos conseguido la cumbre del G. II, pero la experiencia había sido extraordinaria. Después de este intento sabemos mucho mejor que antes cómo hay que adaptar el material, qué es lo que hay que llevar, cómo plantear una ascensión de este estilo y sobre todo, cómo puede llegar a responder nuestro organismo ante una prueba así.

FICHA RESUMEN DE LA EXPEDICIÓN

Componentes: Javier Escartín (Jefe de expedición), Víctor Arnal, Ignacio Cinto, Jerónimo López, Lorenzo Ortas y Antonio Ubieta.

Organizada por: Peña Guara, de Huesca, que en 1983 celebra su 50 aniversario.

Fechas: Del 2 de julio al 21 de septiembre de 1983.

Lugar: Cabecera del glaciar de Baltoro (Karakorum - Pakistán).

- Resultados:**
- Ascensión al Hidden Peak (8.068 m.), por un nuevo itinerario en la vertiente S.O.
 - Intento al Gasherbrum II (8.035 m.) por la arista Sur, hasta 7.700 m.